

Hacia una lectura unitaria de la obra doxográfica de Diógenes Laercio

S. Grau Guijarro: *La imatge del filòsof i de l'activitat filosòfica a la Grècia antiga, Anàlisi dels tòpics biogràfics presents a les "Vides i doctrines dels filòsofs més il·lustres" de Diògenes Laerci*, Barcelona, PPU, 2009.

El público hispano desde hace algunas décadas ha tenido a su alcance varias obras que le han permitido un acercamiento doxográfico a la historia de la filosofía griega. Obras, como por ejemplo *Vida de Sócrates* de Antonio Tovar,¹ han ayudado a entender que la biografía y el anecdotario sobre un filósofo griego pueden ser tan o más importantes que sus enseñanzas, y que éstas no pueden entenderse sin aquéllas. El caudal doxográfico más importante para la reconstrucción de la “Historia de la Filosofía griega” se encuentra en la obra de Diógenes Laercio, que ha suministrado -casi en exclusiva- los materiales que habitualmente se usan para la construcción de la historiografía doxográfica de la época.

Las relaciones entre la “Historia de la Filosofía” y la doxografía no han sido siempre buenas, pero han mantenido bastante dependencia entre sí. En este sentido, cuando cristalizó la moderna historiografía filosófica -principalmente de la mano de Hegel- penetraron muchos elementos doxográficos en la reconstrucción moderna de las biografías intelectuales de los filósofos. Releyendo actualmente su obra puede percibirse que cuando Hegel quiso privilegiar algunos detalles biográficos sobre otros, lo hizo siempre atendiendo más a la doxografía que a lo que hoy llamaríamos hermenéutica.

La historiografía de la filosofía del siglo XX ha tratado de escapar por múltiples vías de la alargada sombra hegeliana y, en cierta manera, puede decirse que el estado estandarizado de los actuales debates pasa por una revisión de las categorías del catedrático berlinés. Por otra parte, la obra de Nietzsche ha sido el vehículo más importante para huir de Hegel: ha espoleado tanto a filósofos como a filólogos, y su resultado, paradójicamente, ha sido que unos y otros han vuelto sus vistas hacia el comentario riguroso de los textos, en vez de zambullirse en el vasto océano de la metáfora. Paradójicamente, Hegel siempre desdeñó la obra de Diógenes Laercio, aunque la utilizó de forma abundante para cimentar su historiografía filosófica. Nietzsche, por su parte, siempre alabó la obra laerciana, pero sus seguidores jamás la han apreciado excesivamente.

La filosofía del siglo XX podría resumirse, por tanto, como la batalla de los postnietzscheanos para acabar con las categorías historiográficas hegelianas, que el propio Nietzsche hizo volar por los aires. Los actuales historiadores de la filosofía, pertrechados con picos y palas, han ido excavando entre las ruinas y, en bastantes casos, tirando abajo algunos de los escasos tabiques que habían quedado incólumes tras la gran explosión nietzscheana.

¹ A. Tovar: *Vida de Sócrates*, Madrid, Revista de Occidente, 1947 (con reediciones).

Sin duda, los materiales doxográficos griegos han sido, durante el siglo XX, una fuente de discusión entre historiadores, filósofos y filólogos. Mas, ¿cuál es el valor que tiene este caudal de datos y hasta qué punto permite reconstruir la vida de los personajes de la época?, es decir, ¿hasta dónde pueden influir estos testimonios en la interpretación de un texto filosófico? La obra de Diógenes Laercio se ha encontrado en esta encrucijada a lo largo del siglo XX, de modo que -quizás por circunstancias extrínsecas a sus propios méritos- ha gozado de una importante actualidad.

De hecho, la historiografía de la filosofía de las últimas décadas ha privilegiado la obra laerciana sobre la lectura directa de los textos, subrayando así el carácter “doxográfico” de la historiografía filosófica frente al “epistémico”, más vinculado a la hermenéutica textual. En español, Diógenes Laercio ha sido estudiado, reivindicado y divulgado, entre otros, por Carlos García Gual, cuyas obras, desde *Epicuro*² hasta su actual traducción de los diez libros de Diógenes Laercio³ han gozado del favor del público, que hasta hace poco tenía que echar mano de la traducción de José Ortiz Sanz, tan entrañable como desfasada. En su momento también disfrutaron de cierta popularidad los dos tomos de Luciano de Crescenzo⁴ que, a partir de la obra laerciana, combinaba un estilo rupturista y diletante.

Los actuales historiadores de la Filosofía suelen mostrar sus reservas frente a la obra de Diógenes Laercio, que representa una versión demasiado distorsionada de los diferentes períodos y, sobre todo, escrita en el siglo III d. C., hecho que la aleja considerablemente de lo que podría denominarse testimonio “directo” o “vivencial”. Sin embargo, tampoco pueden eludirla, puesto que la mayor parte de lo que sabemos de los filósofos presocráticos -llamados actualmente por algunas escuelas preplatónicas- es a través de la obra de Diógenes Laercio.

En medio de este debate brilla con luz propia un libro publicado en 2009. Se trata de la tesis doctoral de Sergi Grau, un prometedor helenista que se ha dedicado a estudiar minuciosamente la obra de Diógenes Laercio para trazar la “imagen del filósofo y de la actividad filosófica en la Grecia antigua”. Su labor es doble: exegética y conceptual, una circunstancia que determina el valor filosófico y filológico de la obra. Su exquisito tratamiento filológico ha sido -habida cuenta de los premios y galardones que ha recibido- ya suficientemente ponderado para que vuelva sobre él. Por tanto, me centraré en su valor filosófico.

La idea más importante que quiere transmitir el profesor Sergi Grau es que la obra de Diógenes Laercio permite formar un *biografema* del filósofo griego, trazado más sobre los esquemas de Momigliano que sobre los de Roland Barthes, pese a que ambos autores, desde sus respectivas teorías, toman el biografema como un concepto filosófico. Asimismo al autor le preocupa la recepción de los filósofos de la Antigüedad bajo los ojos de sus contemporáneos y la unidad de sentido en los relatos biográficos sobre ellos, que se enfocan en el libro desde un prisma literario.

² C. García Gual: *Epicuro*, Madrid, Alianza, 1981.

³ Diógenes Laercio, *Vidas y opiniones de los filósofos ilustres*, traducción, introducción y notas de Carlos García Gual, Alianza Editorial, Madrid 2007.

⁴ L. de Crescenzo: *Historia de la filosofía griega*, Barcelona, Seix Barral, [2 vol.] 1986 y 1987.

Para justificar este propósito, el autor dedica tres capítulos que prestan atención a la actualidad de la biografía en la teoría literaria, histórica y filológica.

En cuanto a la filosofía, Grau se apoya esencialmente en Pierre Hadot,⁵ un autor que se aviene bien con su propuesta de conjunto. Hadot es un profesor que gusta mucho a los filólogos, pues defiende que la filosofía griega no puede entenderse deslindada de una forma de ser y de vivir. Su propuesta implícitamente da a entender que existe un “filósofo griego” y que hay formas unitarias de “pensar y vivir” como un filósofo. La admirable obra de Hadot continúa y robustece la historiografía clásica, en la que la filosofía aparece retratada como “way of life”, como sucede, por ejemplo, en la célebre exposición del profesor Kitto,⁶ el ilustre filólogo de la Universidad de Bristol.

Desde el prisma de la hermenéutica, fundamentalmente a partir de las obras de Gadamer, esta visión unitaria de la historiografía griega ha ido perdiendo peso. Frente a su pujanza -o, en todo caso, su buena salud- en los ámbitos literarios, historiográficos o filológicos, la idea unitaria del “filósofo griego” se ha ido perdiendo en la historiografía filosófica básicamente a partir de dos razones: el estudio filológico-conceptual de los materiales de la tradición (para separar los textos de los filósofos de las adherencias doxográficas) y la clasificación conceptual de las distintas “épocas” de la filosofía griega.

La obra del profesor Grau se enmarca en la tendencia globalizadora y en una historiografía filosófica más deudora de Hegel que de Gadamer. El sacrificio de la hermenéutica es el peaje para lograr una visión unitaria del filósofo griego, un punto de vista que respeta más la reconstrucción historiográfica del propio Diógenes Laercio que la de la historiografía actual. Este enfoque presenta, obviamente, ventajas y desventajas.

En cuanto a las primeras, al favorecer la imagen unitaria del filósofo se enfatiza la unidad de la filosofía griega, las semejanzas biográficas y la construcción de una “tradición” entre los filósofos griegos. Platón y Aristóteles hicieron lo posible para mostrar esa unidad, tratando de tú a tú a sus predecesores, mientras que los autores helenísticos reconstruyeron la historiografía estableciendo unas subdivisiones en los distintos géneros filosóficos y literarios, que a veces han resultado baldías.

En contra juega la tendencia nietzscheana de autores como Colli, que contraponen el “sofos” de la Antigüedad -que la historiografía llama presocrático- al “filo-sofos” o mero “amante” de la sabiduría.⁷ En la excepcional obra filológica y filosófica de Colli existen -al menos- estas dos categorías, que impiden una reconstrucción unitaria del filósofo griego.

En todo caso, como la historiografía filosófica es un fenómeno específicamente helenístico, tampoco existe una razón contundente para oponerse en conjunto a toda esa tradición recopilatoria, pues no existe una alternativa más antigua que pueda dar la razón a unos u a otros.⁸ La ventaja que puede apreciarse desde el prisma de la historiografía de la Filosofía antigua es que, junto a la

⁵ P. Hadot : *Qu'est-ce que la philosophie antique?*, Paris, Gallimard, 2006.

⁶ H. D. F. Kitto: *Los griegos*, Buenos, Aires, Eudeba, 1973.

⁷ G. Colli: *El nacimiento de la filosofía*, Barcelona, Tusquets, 2000.

⁸ F. Martínez Marzoa: *El saber de la comedia*, Madrid, Antonio Machado Libros, 2005, cap. 1.

actualidad hermenéutica, existe el interés por los *ágrapha dógmata* o doctrinas no escritas. Desde la escuela de Tubinga-Milán (con Krämer y Reale a la cabeza) se reivindica un estudio de la filosofía antigua desde los textos no escritos o la llamada “tradición esotérica” y oral de cada una de las escuelas.

Precisamente, Diógenes Laercio es uno de los autores que mayor cantidad de datos puede aportar a la cohesión de esa historiografía de los *ágrapha dógmata*.⁹ Por eso, la obra de Sergi Grau resulta de gran provecho, pues permite entender lo “no escrito” de las tradiciones filosóficas: es lo que está más cercano a la anécdota biográfica (actitudes, costumbres, dichos...) pero que permite conocer con mayor detalle el alcance de las “escuelas” griegas y sus respectivas diferencias.

Sentado lo anterior, hay que recalcar que el grueso del libro de Grau se dedica al estudio de las anécdotas tópicas de las biografías, desde el nacimiento hasta la muerte. Se desgranar con paciencia y buen humor el nacimiento, los orígenes, la mocedad, las virtudes, los rasgos físicos e intelectuales y la muerte y las condiciones post-mortem de los filósofos. Dada la importancia casi hagiográfica de la muerte del filósofo, el autor dedica muchas páginas a esta cuestión, que amplía, adjuntando los textos bilingües, en un libro que acaba de publicar en la pujante editorial Adesiara, que dirige con acierto Jordi Raventós. Esta obra, titulada *Antologia obituària dels filòsofs de la Grècia Antiga*,¹⁰ constituye un claro ejemplo de la visión unitaria que propone Grau.

El estudioso de la filosofía puede encontrar en esta antología o en la síntesis general que se hace en *La imatge del filòsof i de l'activitat filosòfica a la Grècia antiga* un verdadero tesoro para reconstruir, con otras categorías, los rasgos biográficos unitarios de los filósofos griegos. Y es que, al final, por encima de las divisiones entre períodos y los detractores de la consideración holística, el “sabio” griego que gusta de reflexionar y de preguntarse a sí mismo y a los demás, tiene unos perfiles bastante definidos.

A la postre, ésa es la mayor fortaleza de la tesis de Grau, que muestra cómo “cirenaicos”, “estoicos”, “cínicos”... son, por encima de cualquier observación historiográfica, lo que tanto clásica como contemporáneamente denominaríamos “filósofos”. Las conclusiones del libro vienen a enfatizar esta importante idea que, por encima de otras consideraciones, dignifica y rehabilita la obra de Diógenes Laercio. Por sí misma da un amplio espaldarazo a las obras de Hadot o de Kitto, que subrayan las continuidades frente a los seguidores de Nietzsche, que se encaminan en la dirección contraria.

La máxima calificación “summa cum laude” y el galardón del *Institut d'Estudis Mon Juïc*, de la *Xarxa Lluís Vives*, reconocen el valor de una obra bien organizada y bien escrita. Premian asimismo su redacción en catalán, que quizás puede dificultar la lectura al público hispano. Su pulcro lenguaje convierte a la obra, sin embargo, en una *koiné* que abre sus brazos hacia el esforzado lector. Los textos principales están traducidos, pero no así muchas palabras y expresiones, que requieren un

⁹ En español puede verse Platón: *Doctrinas no escritas. Antología*. Introducción, traducción y notas de J. R. Arana Marcos, Universidad del País Vasco, 1998.

¹⁰ *Antologia obituària dels filòsofs de la Grècia antiga*, a cura de Sergi Grau, Martorell, Adesiara, 2009.

lector que domine fluidamente el griego. Quien sea capaz de superar estas cuestiones lingüísticas, tendrá acceso a una obra muy atractiva, con la que el autor se abre paso de manera firme y elegante en el actual panorama de los estudios helénicos.

Rafael Ramis Barceló
Universitat Pompeu Fabra